

Capítulo 107 - Negociaciones por poder - Guía práctica de la hechicería [Libros 1- 4 Finalizado el 3 de Julio]

- Capítulo 107 - Negociaciones por poder - Guía práctica de la hechicería [Libros 1-4
Finalizado el 3 de Julio]

Capítulo 107 - Negociaciones por poder - Guía práctica de la hechicería [Libros 1-4 Finalizado el 3 de Julio]

Oliver

Segundo mes, 6 de febrero, sábado, 4:15 p.m.

El equipo de ejecutores, que en ese momento intentaba mantenerse en posición de respeto frente a Oliver, estaba compuesto en un cincuenta por ciento por nuevos reclutas, todos tan verdes como los cuernos que ahora adornaban sus chaquetas en señal de badge. Él suspiró, girando sobre sus talones. “Señor Gerard, ¿tomaría usted el mando de esta operación?”

El segundo de sus dos principales ejecutores asintió, deslizando un par de guantes de cuero y tomando algunos equipos de batalla del estante en la pared.

“Haz un ejemplo de ellos,” dijo Oliver claramente.

El hombre hizo una pausa, pero volvió a asentir, mirando a través de los agujeros de su máscara para mostrar que entendía.

Uno de los nuevos ejecutores tragó audible en el silencio que siguió, pero cuando Gerard lideró la salida por una de las entradas laterales del Ciervo Verde, todos le siguieron en fila.

Oliver se volvió hacia la mujer que, sentada en una silla cerca de la puerta, lo observaba.

Llevaba un manto apretado, sujetado firmemente sobre un vestido de escote bajo que se ceñía a su cuerpo, claramente diseñado para ser seductor en lugar de protegerse del frío. Ella le miró con una actitud desafiante, que le recordó a Siobhan, con un ojo parcialmente cubierto por el hinchado y púrpura hematoma que se extendía en su rostro. Sus labios estaban partidos, con sangre seca en las fosas nasales, y su maquillaje se había corrido y difuminado, formando una pintura de colores violentos que se extendía sobre el lienzo de su rostro.

Probablemente, la mujer no era particularmente atractiva, ni siquiera sin sus heridas, ni tampoco era especialmente joven o ingenua. Pero eso no disminuyó su enojo. Su boca se apretó.

Ella levantó una ceja, sin amedrentarse ante su máscara. "¿Qué se debe hacer conmigo, entonces, mi señor?" preguntó, con un tono cansado y resignado. Había sido escéptica al arribar con el ejecutor que la ayudó a escapar del burdel recientemente adquirido por el Ciervo Verde, que antes era propiedad de los Morrows. Con su mentón en alto y sus ojos llenos de desconfianza, vigilaba para ver qué harían él y su gente. Ahora, le lanzó una pequeña sonrisa, como una diminuta sonrisa.

Aunque conocía que esa expresión no reflejaba auténtica alegría, Oliver podía respetar su resistencia. "Te quedarás aquí, al menos esta noche. Quizás más, si fuera necesario." Se volvió hacia el ejecutor que la había auxiliado. "Llévala con Alice en la botica, y luego consigue una cama vacía para ella esta noche."

Cuando se marcharon, Oliver exhaló una respiración cansada, permitiendo que sus hombros se hundieran. El gerente del burdel y algunos clientes no habían respetado sus nuevas normas sobre el trato adecuado a sus empleados. Quizá pensaron que las regulaciones sobre salud y seguridad no eran en serio. Cometieron un error fatal. Los trabajadores podían haber optado por ser prostitutas, aunque en un lugar como los Pantanos, esa elección no siempre era real, pero no aceptaron ser maltratados en su trabajo. Afortunadamente, esta mujer no guardó silencio ante la injusticia, por lo que ahora podían actuar con rapidez y brutalidad.

Si lograba dar un ejemplo firme aquí, quizás lograra amedrentar a otros que generaban disturbios en esa toma de control, para que bajaran la cabeza.

Otro joven ejecutor entró en la habitación y se acercó para susurrarle a Oliver. "Una tal Tanya Canelo ha llegado para verlo. Dice que tiene una cita para ser 'guiada hasta su ubicación'."

Oliver volvió a enderezarse, revisando su reloj de bolsillo. "Está retrasada." Ella había solicitado esta reunión unos días antes, una jugada que había previsto desde que supo que ella había estado haciendo preguntas sobre la Reina Raven. Oliver tenía curiosidad por saber si esa petición de contacto era iniciativa propia o actuaba por orden de la Universidad. De cualquier manera, era una oportunidad. "Llévala a la sala de procesamiento y luego llévala a mi oficina después de que la hayan registrado y sometido a interrogatorio." Estaba cansado y hambriento, pero no habría tiempo para comer ni descansar.

Oliver atravesó un pequeño pasillo exterior y las escaleras adjuntas que lo llevaban de regreso a su oficina en el tercer piso. La habitación no estaba en su mejor estado, pues había estado dedicándole bastante tiempo a trabajar allí, en lugar de usarla solo para reuniones. Organizó el escritorio, guardando papeles y tirando un sándwich a medio comer que no pudo terminar antes de que lo llamaran a otra cosa.

Cuando era más joven, su hermana había mezclado una cita propia extraída de Oppenheimer y Golden: "Tener una mente clara y un espacio despejado te permite pensar y actuar con propósito. Una mente atormentada por dudas no puede concentrarse en el camino hacia la victoria." Ella tenía muchas frases mal citadas así, y las ajustaba sobre la marcha para adaptarlas a la situación o para ganar una discusión. Eso lo volvía loco. Recordaba que a los nueve años había explotado de indignación. "¡No puedes simplemente romper las reglas así!" le había dicho.

Ahora, daría mucho por tenerla aquí, mal citando a él. Y él era más un quebrantador de reglas de lo que ella alguna vez había sido.

Así que Oliver se sentó, revisando un montón mucho menor de papeles mientras esperaba a Canelo. Se detuvo en un recibo de pago por una suma exorbitante a un taller en Osham. A pesar del precio, sonrió. Había aprobado la compra de varios dispositivos que facilitarían y acelerarían la producción de telas de baja calidad, sin necesidad de magia. Tenía varios almacenes adecuados esperando ser convertidos en fábricas textiles, y solo esperaba la aceptación del contrato que había enviado a Lord Gervin para comenzar.

Ver la prueba de que sus planes estaban en marcha le aliviaba un poco el cansancio, y se reclinó en su silla, masajeándose las sienes. Podía hacer esto. Pronto, todo se tranquilizaría, y finalmente tendría los recursos y la influencia necesarios para realizar mejoras sustanciales en su territorio.

Un golpe en la puerta lo hizo incorporarse de nuevo. “Adelante,” llamó, hablando lo suficientemente alto para que se escuchara más allá de la magia absorbente del sonido en paredes y suelo.

La joven, con cabello rubio sucio cortado justo debajo de la mandíbula en un estilo similar al de Sebastien, aunque no tan llamativo, miró alrededor sorprendida, su mirada congelándose al posarse en Oliver—o más precisamente, en su máscara. Ella estaba sola. Tragó saliva y dijo: “Después de todas las precauciones de seguridad, esperaba ser vendada y guiada a un lugar distinto.”

Él sonrió irónicamente debajo de la máscara, que comenzaba a irritarle la piel tras tanto tiempo llevándola. “Eso forma parte de las precauciones. Aún será escoltada a un lugar diferente y pasará por las mismas formalidades de una reunión secreta allí, en caso de que alguien la siga o la rastree.”

Sus manos apretaron el asa de la maleta de cuero rígido que llevaba. “De acuerdo.”

“¿Qué has traído?” preguntó, señalándola.

Ella avanzó, colocando la maleta en el borde de su escritorio. La abrió para mostrar el gran aparato complicado en su interior. “Esto es un fonógrafo, un artefacto recientemente desarrollado que graba sonidos y puede reproducirlos. Mis empleadores desean que conserve esta conversación para poder escuchar tus palabras directamente.” Una franja de papel negro brillante de un pulgada de ancho estaba enrollada entre varios arreglos de hechizos cilíndricos, pero no se movía ni brillaba, y el aparato no emitía calor, señal de que no estaba activo. “Ya lo revisaron tus personas en busca de trucos ocultos.”

Por supuesto que lo hicieron. Confiaba en que el dispositivo era lo suficientemente seguro, pero aún así le irritaba. Soltó una carcajada mofándose. “Esto me parece bastante grosero, especialmente cuando tus empleadores ni siquiera se molestan en reunirse conmigo ellos mismos. No puedo imaginar que seas tan insensato como para haber ideado esto por tu cuenta,” añadió, como una pequeña prueba de su actitud.

Ella esbozó una sonrisa tensa detrás de su máscara con sombra en la espalda. “Lamento la impertinencia. Creo que desean la grabación del fonógrafo como... seguro. La Reina cuervo es conocida por otorgar tanto favores como maldiciones.”

“¿Es por eso que te enviaron solo? ¿Tienen miedo de que ella pueda atacarlos?”

Canelo se encogió de hombros. “Ya me reuní con la Reina cuervo y salí vivo, incluso después de amenazarla de manera imprudente. Creo que esperan que tenga un... punto débil para ella, y si no, entonces no perderían a alguien demasiado importante. Si muero haciendo algo sospechoso o simplemente desaparezco, ya nadie lo considerará particularmente sorprendente a estas alturas.”

Ese nivel de honestidad fue inesperado, y Oliver sospechaba que Canelo estaba usando su vulnerabilidad como arma, intentando bajar su guardia y aprovechar cualquier corazón blando. “Consideran que eres un riesgo,” afirmó. Era una suposición fundamentada, basada en lo que había aprendido tanto de sus contactos en la policía como de Sebastien.

Sus labios apenas parecieron desaparecer al presionarlos en una delgada línea. “Esta es una oportunidad para demostrar mi valor. Últimamente las cosas no han salido exactamente como planeaba. Me reúno contigo de buena fe para negociar, con la esperanza de reparar la situación.”

Él la observó durante unos largos segundos y luego asintió. “No usarás esto,” declaró, señalando el fonógrafo. No sabía qué más podía estar grabado en ese aparato antes de su encuentro, ni qué podría grabarse después. Incluso si hablaba con Canelo en vaguedades que no pudieran ser usadas como evidencia de algún delito, seguía siendo una tontería arriesgada. Podrían intentar usarlo como chantaje o simplemente para lanzar conjuros de adivinación y descubrir sus secretos. “Si las palabras exactas de nuestra conversación fueran tan necesarias, deberían haber enviado a quienes necesitaran saberlo. Esto es una ofensa. Déjalo fuera de la puerta.”

Canelo obedeció rápidamente y sin discutir, con movimientos rígidos, signo de que se esforzaba por no mostrar sus emociones auténticas a través de un lenguaje corporal torpe. Era una negociadora inexperta, pero no incompetente. Al volver, se sentó con cierto titubeo en una silla frente a su imponente escritorio y entrelazó las manos en su regazo. “Sinceramente espero que aún podamos llegar a un acuerdo que beneficie a ambas partes.”

“Yo también lo espero,” respondió él con franqueza, aunque sospechaba que sus ideas sobre lo que eso podría implicar quizás fueran más amplias que las de ella. “Creo que hay muchas formas en las que nuestros intereses podrían alinearse. ¿Qué fue exactamente lo que tus empleadores te enviaron a discutir?”

“Mis empleadores anónimos tenían un acuerdo con los Morrow para proveer suministros y favores ocasionales. Esto resultaba sumamente lucrativo para los Morrow, y les ofrecía oportunidades que difícilmente podrían haber conseguido de otra manera.” Habló con confianza, y sospechaba que había ensayado su discurso. “Parece que tu acuerdo con la Manada de la Pesadilla te permitió tomar el control de la mayor parte del dominio de los Morrow en la industria del contrabando. ¿Estás interesada en continuar la alianza con mis empleadores? Sin ellos, te resultará difícil encontrar compradores para todos esos productos.”

“Con los aranceles y restricciones de los Reyes, que hacen que ciertos productos sean inusualmente escasos o excesivamente caros, seguro que podría vender todo eventualmente, y hay muchas otras cosas que podría importar sin depender de la capacidad de compra de la Universidad. De hecho, tengo varias ideas.”

Los nudillos de Canelo se pusieron blancos brevemente. “Mis empleadores ya pagaron por el envío previo de suministros que tú confisaste.”

“Sí. Tengo registros exhaustivos de todas las transacciones de los Morrow. Creo que un treinta por ciento se pagó por adelantado, y el resto al momento de la entrega. Estaría dispuesta a respetar eso.” Era una advertencia para que no intentara engañarla y una amenaza de que poseía material de chantaje sobre sus actividades ilegales, que podría usar si quisieran actuar contra él. Algunas órdenes de suministros de la Universidad eran bastante incriminantes, como la solicitud repentina de núcleos de bestias en gran cantidad. “Para que quede claro, estoy interesada en colaborar con la Universidad, siquiera para evitar el problema de modificar los negocios tan pronto, pero otros acuerdos requerirán negociación. Respecto a los favores ocasionales, estoy abierta a eso caso por caso, con la compensación adecuada.” Tener a la Universidad de su lado en la lucha por el poder del Gamo Verde contra los Reyes podría resultar sumamente útil.

“Existen otros operadores que podrían satisfacer las necesidades de la Universidad,” dijo Canelo, aparentemente renunciando a mantener una negación plausible sobre quiénes eran sus empleadores.

Oliver se reclinó en su silla, que parecía de trono. “Claro. Eventualmente. Pero ninguno de ellos está tan bien posicionado para ofrecer como lo hace el Ciervo Verde. No soy un hombre irracional, Señorita Canelo. Pero no permitiré que me intimiden ni que se aprovechen de mí. Si la Universidad desea tratar conmigo, son libres de hacerlo de buena fe.”

Ella se inclinó hacia adelante, tragando con dificultad. “Estoy de acuerdo en que debemos tratar con honestidad. El potencial beneficio es demasiado grande, para ambas partes, como para empañarlo con engaños y tretas. Como muestra de su compromiso con esta alianza, mis empleadores están dispuestos a ofrecerle ayuda significativa para consolidar su control sobre su nuevo territorio. Protectorados, artefactos, o incluso un préstamo grande sin intereses. También pongo a su disposición mis servicios personales, si los necesita.”

“¿Y a cambio?”

Canelo vaciló. Parecía darse cuenta de la ansiedad que evidenciaba, soltando las manos con fuerza y dejándolas descansar sobre sus rodillas. Miró alrededor, hacia las esquinas de la habitación y la ventana, y luego volvió a él. “Quiero dejar claro, no tengo intención de ofenderle... ni a ella. Solo estoy cumpliendo con mi función de intermediaria.”

Las cejas de Oliver se levantaron con interés, y se adelantó, apoyando los codos en el escritorio y juntando las yemas de los dedos. “Adelante, di lo que te han instruido a decir. No te culparé.”

Los ojos de Canelo se estrecharon. “¿Y ella?”

“Bueno, no la controlo. Pero no está aquí para escuchar, y aunque llegara a enterarse de lo que temes que pase, dudo que su enojo se dirija hacia ti.”

Canelo pareció encontrar suficiente consuelo en esto y asintió distraídamente consigo misma. “Quieren saber dónde está el libro. El que robó la Reina Cuervo.”

“No sé dónde está ni cómo encontrarlo,” mintió con facilidad. “No puedo ayudar en eso. Seguramente no piensan que soy capaz de triunfar donde han fallado ellos y la policía. E incluso si pudiera, no estoy seguro de que el riesgo valga la pena.”

“¿Y la propia Reina Cuervo? ¿D-de verdad sabes dónde se encuentra?” insistió la joven, con la voz quebrada.

Desde el punto de vista emocional, Oliver rechazó la idea de traicionar a Siobhan de inmediato, pero aún así se detuvo a considerarlo. No, estaba demasiado ligado a ella para venderla. Conocía demasiado de sus vulnerabilidades, y ni la Universidad ni las Cortes podían permitirse que esa información cayera en sus manos. Además, ella era un activo suyo, y no quería entregarla, sin importar lo que ofrecieran. El Ciervo Verde no los necesitaba, de todos modos. Él y su gente surgirían por sí mismos. “Si sugieres que debería traicionarla, eso es imposible. O más bien, no estoy dispuesto a hacerlo. Sería una muy mala idea para ambos.”

Canelo asintió, dejando escapar un suspiro lento y tambaleante. La joven no lograba fingir muy bien su lealtad a sus empleadores, lo cual debía ser, al menos en parte, intencional. Quizá esperaba evitar ser culpada por sus decisiones, o quizás era una indirecta sutil de que podía ser susceptible, si se le concedía el incentivo adecuado. “¿Estarías dispuesta a facilitar el contacto con ella? He intentado antes, pero me encontré con... obstáculos.”

Oliver reprimió la ganas de sonreír. Había oído hablar de la orden del Lord Lynwood de que ninguno de sus hombres pronunciara siquiera su nombre frente a personas externas, después de que Oliver transmitiera la petición de Siobhan de silenciar los rumores sobre ella por parte de los enforcers del Clan de la Pesadilla. Eso, junto con los rumores de que podía escuchar cuando se hablaba de su nombre, sin importar dónde estuviera, habían llevado a resultados bastante interesantes. “Puedo transmitir tu petición, pero no puedo garantizar nada. Si ella acepta, querrás tener preparado un tributo adecuado como pago por su presencia. Quizá haya alguna forma en que ella y la Universidad puedan llegar a un acuerdo.” Eso sería ideal, y le llenó de entusiasmo. Una verdadera alianza con ellos podría impulsar sus planes por años.

“Entiendo. Por favor, infórmeme lo antes posible,” afirmó ella.

“¿Deberíamos discutir los detalles de nuestra futura cooperación, independientemente de la Reina de las Gárgolas?” sugirió Oliver. “Quizá no puedas firmar acuerdos ni hacer votos en su nombre, pero ahorraría tiempo si pudieras salir de aquí hoy con una propuesta razonable. Y si están dispuestos, tengo algunas ideas sobre cómo podríamos colaborar de otras maneras.”

Canelo pareció aliviada por el cambio de tema, y tras una negociación que dejó a la Verde Corza en una posición ligeramente mejor de la que las Maderas habían aceptado, se levantó y le dirigió una profunda reverencia. “Si no hay nada más, me retiro. Gracias por su tiempo, Lord Corza.”

“En realidad, hay una cosa más,” dijo él, levantándose y desplazándose alrededor del imponente escritorio para apoyarse en su borde frontal.

Ella permaneció de pie, con la mirada fija en sus manos vacías como si buscaran un posible peligro. “Sí, mi señor?”

“Quisiera que consideraras trabajar para mí en una capacidad más inmediata. No sé qué te llevó a tu posición actual, ni cómo te están recompensando, pero también tengo poder e influencia, y necesito empleados competentes con... acceso especializado. Estoy dispuesto a adaptarme a cualquier restricción que puedas tener, o incluso a tratar de romperla por completo.”

Sus ojos se abrieron, y las pestañas parpadearon en señal de shock. “¿Crees que habrá enemistad futura con mis empleadores, entonces?”

Él encogió los hombros, metiendo las manos en los bolsillos. “No lo tengo planeado, pero siempre es bueno estar preparado. Seguro que intentarán algo similar con mi gente. Después de todo, no parecen confiar mucho en mí,” dijo, permitiéndose una sonrisa sardónica, aunque ella no pudiera verla. “Lamentablemente para ellos, trato mucho mejor a mi gente que lo que ellos te tratan a ti.”

“Yo...” tragó saliva. “Es demasiado peligroso.”

“¿Más peligroso que la alternativa? No consideraría que eres prescindible. Y si tus empleadores toman decisiones imprudentes, la Reina de las Gárgolas sabrá que no debe responsabilizarte por ello.” Fue tanto una amenaza como una persuasión, pero mantuvo un tono suave.

“No deseo enfadarte a ti ni a ella, pero mis empleadores... Han tomado medidas contra la traición, y las consecuencias serían severas. Además, necesito lo que me ofrecen.”

Oliver casi insistió, pero pensó que era mejor no hacerlo. “Bueno, ten en cuenta mi oferta. Hay maneras de sortear todo tipo de restricciones, y quizás no sean los únicos que pueden ofrecerte lo que necesitas.” Es mejor permitir que la duda y el descontento vayan creciendo lentamente en la mente de Canelo que parecer desesperado. Después de todo, quería contratar a alguien que no saltara inmediatamente a la traición cuando surgía una oportunidad. “Mis hombres te llevarán a un lugar no divulgado para que tengas tu ‘reunión’ oficial conmigo. Esperamos que permanezcas allí con mi representante al menos media hora antes de volver a la Universidad. Por si estás siendo seguido.”

Antes de irse, Canelo se detuvo. “No les dije a nadie que la misma Reina de las Gárgolas asistía a la reunión secreta. Ellos saben que probablemente tienes un agente que hace compras por ti, y que ella me encontró en mi camino de regreso, pero eso es todo. Así que, si ella desea seguir asistiendo como si nada hubiera pasado...” La joven se quedó en silencio, asintió profundamente, y salió antes de que pudiera responder.

El estómago vacío de Oliver le gruñó con audible molestia. Consideró ordenar que le sirvieran comida desde la cocina de abajo, pero tenía otros compromisos esa noche que requerían que siguiera siendo Oliver Dryden, no Lord Stag. Se deslizó en su chaqueta, abrió la puerta y asintió a Huntley, que patrullaba en el pasillo exterior.

Con todas las precauciones para no ser seguido ni reconocido, le llevó más tiempo llegar a la Mansión Dryden del que habría deseado.

Sharon, su cocinera, estaba en camino de salir cuando él llegó, pero al verlo dio un vistazo y volvió rápidamente a la casa, tomando su chaqueta y dirigiéndose a su oficina. “La cena es un estofado delicioso, todavía tibio. La calentaré y te la serviré en unos minutos, señor Dryden,” llamó.

Oliver avivó las brasas en la chimenea, añadiendo más leña, luego se sirvió un vaso de whisky y dio un trago, disfrutando del ardor que se instaló en su estómago.

Esta facción subversiva de la Universidad disponía de los recursos necesarios para mantener a flote una gran operación de contrabando, y tener influencia en el ámbito educativo sería una inversión valiosa a largo plazo. Aún no se sabía si sus objetivos finales podrían coexistir, ya que la Universidad formaba parte de la autoridad arraigada que él aspiraba a desgarrar para que sus entrañas metafóricas brotarán y alimentaran al pueblo. También era evidente que no consideraban al Gamo Verde como un igual, enviando solo un subordinado con un dispositivo de grabación para encontrarse con él. La falta de respeto era preocupante, especialmente vista en conjunto con el temor que creía que sentían hacia la Reina Cuervo.

Al borde del escritorio de Oliver había unas cartas recientes. Por un momento deseó poder ignorarlas, pero then notó la firma de Lord Gervin en el sobre que los sirvientes habían colocado en la cima de la pila.

Emocionado, Oliver rompió el sello. Llevaba tiempo esperando la aprobación para una subcomisión destinada a producir en masa textiles de baja calidad. El sobre era un poco más delgado de lo que había anticipado, pero quizás el contrato no estaba incluido. Tendría que acudir al Salón del Consejo del Edicto para firmar los papeles.

Leyó la escritura apresurada pero aún elegante del secretario de Lord Gervin, luego la firma de la Cuarta Corona al pie. El estómago de Oliver se apretó alrededor de una bola repentina y nauseabunda de hielo, a pesar del licor que hasta segundos antes le había proporcionado calor.

“¿Negado?” susurró. La solicitud de Oliver para un subcontrato de la Familia, que por ley controlaba la industria textil, había sido rechazada casi de manera automática. Lord Edward Gervin había aceptado un regalo de un caballo erytreano y aún así le había negado el permiso. Ni siquiera se había molestado en escribir la nota él mismo. Era una ofensa significativa.

Oliver registró distraídamente un golpe en la puerta de su oficina, pero estaba demasiado concentrado en volver a leer la nota, como si esperara que su contenido cambiara, para responder.

Ya había señalado los almacenes, pedido las máquinas a Osham y planificado los empleos y ganancias que esto generaría.

La puerta se abrió cuando Oliver dejó la nota sobre la mesa. Se sirvió otro sorbo de whisky y, mientras su shock se transformaba en una rabia súbita y abrumadora, gritó y arrojó el vaso medio lleno contra la pared.

Sharon gritó en respuesta, saltando tanto que mojaron toda su cena en el suelo. “Señor Dryden,” empezó, sin aliento y conmovida.

“¡Fuera!” vociferó, sin ni siquiera mirarla.

Ella volvió a saltar, pero no se detuvo para recoger el cuenco de estofado derramado del suelo, sosteniendo la bandeja como un escudo y retrocediendo a tientas por la puerta, que cerró rápidamente.

Escuchó sus pesados pasos apresurándose por las escaleras poco después.

Oliver presionó ambas palmas abiertas sobre el escritorio, respirando con dificultad. Este era un problema importante. Ahora se daba cuenta de que no había sido tan prudente al poner en marcha sus planes. Lord Gervin había parecido tan predispuesto cuando discutieron sus intenciones, y con el soborno, Oliver pensó que era algo seguro, solo aguardando que el lento proceso burocrático resolviera los detalles y firmara los contratos.

“Calma,” se dijo a sí mismo. “Esto no es el fin del mundo. Quizá algo haya ocurrido. Si pudiera hablar con Lord Gervin en persona...” Si eso no funcionaba, podría intentar seguir en secreto, manejando el negocio completamente bajo el ala del Venado Verde en lugar de a través de su fachada legal. Eso sería arriesgado—el tipo de acción que atraía la dura mano de la ley, como un martillo golpeando la cabeza de un clavo. Podría permitir que las Corona confiscaran todas las posesiones del Venado Verde.

O quizás, podría explorar un camino diferente por completo. Si cancelaba ahora el pedido de la máquina, tal vez podría recuperar la mayor parte de sus gastos.

Llevó sus manos a la cara, frotándola bruscamente con las palmas. Soltó un suspiro profundo, relajando los hombros. Se dirigió hacia la puerta, atravesando el estofado humeante que había caído al suelo y al tapiz. Eso podría limpiarlo más tarde. Pero lo más importante era que esperaba poder alcanzar a Sharon antes de que se adentrara demasiado. Oliver necesitaba pedirle disculpas a aquella pobre mujer.